

# CORONEL LÁGRIMAS

Lo digo tranquilo: esta novela me parece una crítica a la burguesía desde la aristocracia estética. Se lee sin prisa y se escribió de la misma manera. La novela de marras no te va a pedir que corras. Te va a exigir que te sientes

O. Hace unos dos meses leí una novela sublime. Quiero decir con eso que se trata de ese objeto precioso que te causa terror y atracción. Terror porque es producto de un escritor valiente que atiende a la belleza de las palabras sin tomar en consideración cual es la fórmula del éxito literario. Y ese riesgo es pavoroso. Del mismo modo hay que decir que la belleza, para serlo, tiene que ser sublime: arriesgada, capaz de hacernos perder la cabeza como una espada o un roble florecido que da sombra a la amada.

Por eso, porque leí una novela que me gustó, comencé a escribir una reseña en mi cabeza. De alguna manera conocí al autor a través de las redes sociales. Entiendo esto: nací en la época en la que la maquinilla eléctrica era el mayor avance tecnológico. Odio entablar diálogos amplios a través de teclado. Cuando le comuniqué a Carlos Fonseca mi intención de hacerle algunas preguntas sobre su libro, siempre supe que no las enviaría por correo electrónico. Tendríamos que esperar a vernos en persona. ¿Qué voy a preguntarle? Algo así como, ¿cómo ocurre que un joven de 26 años escribe un texto sobre algo que no se ve? Pienso que uno escribe sobre la imposibilidad de ver si es viejo o si es Borges. O ambas cosas. Este escritor lo hace constantemente en *Coronel Lágrimas*. Un ejemplo. Un párrafo en el que podemos sentir el peso de una extensa biblioteca que pesa, quizás, 21 gramos:

"Ahora que le queda poco tiempo, nuestro pequeño aristócrata monástico deja el café sobre la mesa, mira una fotografía de un desierto blanco y toma la pluma en la mano. Pluma fuente, como las que siempre usó, con buena tinta y su nombre tallado sobre el dorso. Podríamos acercarnos un poco y ver su nombre pero preferimos no hacerlo: al coronel no le gusta su nombre. Toma la jeringa, rellena el cartucho de tinta y la inserta. Está listo para escribir. Entonces, desesperados, corremos a ver qué escribe pero se nos hace difícil. El coronel escribe con la espalda muy encorvada, lo cual no deja espacio para el espionaje. Vamos por un lado, vamos por el otro, pero no hay forma. la espalda encorvada del coronel recuerda las garzas sobre los pastos verdes de Andorra" p.15.

Perdonen ustedes pero esto me pide que escriba sobre el inventor del cine

desapareciendo en el tren que se dirige a París; sobre tomas cercanas, sobre las poéticas de la escritura que son, todas, homenajes a la imposibilidad de comunicar; sobre las influencias de García Márquez en el modernismo de Rubén Darío (no al revés). También preguntaría ¿cómo se escribe con esta condensación de aguacero vespertino en el que los homenajes a la literatura exquisita caen iluminando el suelo y los cosas? Es una pregunta repetitiva. Me refiero a que leí la novela pensando en que el coronel ya tiene quién le escriba. Todos los que disfrutamos de la hermosa rareza de las palabras tenemos ante nosotros una novela valiente que afirma sin ambages que podemos correr a escribir o a leer pero ambas cosas se nos harán difíciles. Así tiene que ser. No hay otro modo. Lo otro es *Fast and Furious*.

1. Uno de los ángulos de la belleza de esta novela es su propensión a dibujar hermosamente el tedio (remember Kundera). He citado los inicios de la novela. El nervioso movimiento de una pluma. La toma cercana en la que observamos la mano de un hombre solitario escribiendo. Ese tedio nos unta apasionadamente: "Con la tediosa pasión con la que una pluma de ganso esboza su lenta y pendular caída, la vida de este hombre se decanta hacia un inevitable fin" (p. 82)

Eso, la tediosa pasión con la que vive un escritor y que tan difícil se hace revivir y mostrar a un lector. Se necesita valor para escribir sobre eso. Se necesita pasión por las palabras para deleitarse en ellas y saborear el tedio, ese ejercicio tan ajeno a los estertores del capitalismo. Y ustedes se preguntarán si se trata de una lectura exagerada. Probablemente. Uno tiene derecho a algunos excesos improductivos. Lo digo tranquilo: esta novela me parece una crítica a la burguesía desde la aristocracia estética. Se lee sin prisa y se escribió de la misma manera. La novela de marras no te va a pedir que corras. Te va a exigir que te sientes:

"Al coronel hay que salvarlo de la locura y de los psiquiatras. Hay que acercarse a él lo suficiente para creer en su proyecto. Lo sé: hay una distancia precisa desde la cual todo esto tiene sentido. Sólo hay que buscarla, encontrarla y luego sentarse a verla escribir las proclamas de esa ciencia olvidada" (p.17)

Entonces hay un catálogo de placeres de lectura.

El placer de los datos p.22  
El placer de la agudeza absurda p.25  
El placer del intruso. p.27  
El placer del veneno sano. p.28  
El placer de la profecía. p.30  
El placer del sueño. p.33  
El placer de lo preciso. p.35  
El placer de la nariz precisa. p.39  
El placer de los nudos p. 42  
El placer de lo histórico. p. 44

Además, hay un placer en la descripción de datos y objetos que remedan las tomas cercanas en el buen cine (y por qué no, la cámara lenta). De repente, mi cabeza se llena de una melodía jazzística. No. No es el vecino escuchando a Miles. Son las notas de la partitura del coronel de Fonseca. *Coronel Lágrimas* está construida a partir de la matemática especulativa. Es un cubo. Con los ojos se puede cifrar la historia en este objeto, la catalogación exquisita de la vida de un



Carlos Fonseca



hombre que quiere saberlo todo y parece haberlo visto todo. Al menos toda la historia pertinente del siglo XX, de Rusia a México, de la Guerra Civil en España hasta las islas del Caribe. Por nada el proyecto del coronel se titula "Los vértigos del siglo".

2. Carlos Fonseca vino a Puerto Rico y le pedí que fuéramos a la oficina de un semanario nacional para hacer una entrevista. Cuando me pongo la camiseta de *De eso se trataperiodista* y me enfrento a un entrevistado no grabo nada. Hago dos o tres preguntas y escucho todo lo que pueda. Recuerdo preguntarle algo sobre la identidad, esa cosa tan preciada en la Academia, siempre que no se trate de identidad nacional. A mí no me preocupa demasiado pero, al tratarse de un escritor nacido en Costa Rica, que vivió parte de su niñez y adolescencia en Puerto Rico y que ahora vive en Londres debo suponer que es un asunto de interés.

Le cuento a Fonseca que el primer director de la Junta de Planificación en Puerto Rico propuso que el "excedente de población" de la isla se enviara a Costa Rica. Un plan

que suponía para los emigrantes un traslado menos traumático que irse a New York. Clima similar, mismo idioma, selvas tropicales. De como millones de boricuas terminaron en Estados Unidos es un asunto que nos desviaría pide nuestra intención que no es otra que loar una buena novela. Fonseca alega que no sabía este cuento. Igual, cuando visitaba Costa Rica en los veranos le decían que ya no hablaba como costarricense. En Puerto Rico le decían que tenía un acento extraño. Y ahora se ríe diciendo que su acento londinense debe añadir más rareza a su entonación.

Me parece, sin embargo, que ese periplo le permite apropiarse de una amplia cultura sin sentirse culpable de traicionar una tradición específica. Es claro que entre las cifras de esta novela están algunos fórmulas de García Márquez. Fonseca no las niega. Más bien las abraza con entusiasmo. Le digo que también hay un Borges en ese *Coronel*. Me replica el joven escritor que sin duda. Porque Borges también es un entusiasta de la Soledad. Estamos de acuerdo entonces en que él ha fabricado una máquina de hacer ficción, no un simple relato.

*Coronel Lágrimas* está repleto de cifras. Fonseca quiso ser matemático en algún momento de su adolescencia. Esa enfermedad se le curó leyendo a Bertrand Russell. Sin duda queda, de ese veneno, material para retomar la biografía de un matemático (Alexander Grothendieck, uno de los matemáticos más importantes del siglo XX). Un hombre que a fines de los 80 decide autoexiliarse y luego prohibir toda la reproducción de su trabajo y convertirla en una reflexión sobre la historia del siglo pasado. Entonces la novela es una hermosa ecuación. Quizás un problema que, genialmente, no nos permite una solución y va recreando y proponiendo otros textos, otros nombres, otras biografías.

Sin embargo, entre los nombres y textos que se dejan caer en las conversaciones (y en ésta no falta Nietzsche), destaco a Joris-Karl Huysmans. El profundo pesimismo de este escritor francés (A Contrapelo) parecería estar presente en cierto tono, en algo de un decadentismo exquisito. Sin embargo, Fonseca más bien le añade al personaje de su novela elementos biográficos de

Huysmans. Casi podemos verlo, a nuestro coronel, el replicante de Grothendieck, como ayudante de un monje. O como el propio monje. Ahora que lo escribo no estoy muy seguro de que Fonseca me lo mencionara. Le pregunto, ¿mencionaste a Huysmans?

Si, me mencionó a Huysmans. Leí A Contrapelo unos meses antes de escribir la novela y creo que fue, junto a Bouvard y Pecuchet, la referencia fundamental a la hora de sentarme a escribir. Tenía esa idea de que el final de Siglo XX tenía mucho del final de Siglo XIX, sentía que ambos eran fines de siglo decadentistas y que tal vez nuestro decadentismo actual era el informático: consumimos información indiscriminadamente. El coronel, como Des Esseintes, es un ermitaño perdido entre los placeres, tal vez ya no los placeres del arte, sino de la información. Por ponerlo en lenguaje de facebook: el mundo de los likes.

3. Carlos Fonseca ha escrito una novela excepcional. El estudiante de filosofía y literatura comparado que terminó su doctorado hace muy poco, escribía mientras estaba matriculado en la academia que forma a otro tipo de profesional. No que esto sea bueno o malo. Sino que uno no estudia literatura para hacerse escritor. Sin embargo, ¿no es agradable hacerse escritor mientras otro, Ricardo Piglia, está entre tus mentores? Lo digo porque el argentino ha demostrado ser generoso con sus jóvenes pares. Bien. Ese es el caso de Fonseca. Me comenta que es gracias a Piglia que el manuscrito de su novela llega a un editor legendario. Y de ahí a la imprenta. Sin esas "casualidades" esta historia de un pequeño aristócrata monástico, este poema en prosa que tanto me ha gustado, probablemente no estaría ahora entre los mejores libros que tenemos ocasión de leer en estos años terribles que nos ha tocado vivir.

Cuando termine de escribir estas breves líneas el autor estará de regreso en la capital del viejo imperio. No es difícil imaginarlo en Estambul en busca de una trama. O en Río Piedras (hablando de verdaderos lugares remotos) pensando en otras cifras, en una ecuación, en palabras, unas junto a otras, en una cadena de fulguraciones memorables. Por supuesto, voy a seguir escribiendo sobre *Coronel Lágrimas*. Es un texto al que regreso y al que pienso volver por mucho tiempo.